

El estudio preliminar finalizará, antes de las conclusiones, con los aspectos formales, esto es, la estructura del diario, una de las modalidades empleadas en los relatos de viajes en el siglo XVIII, junto con otras como la carta o el itinerario. Antonio Astorgano indaga en las intenciones que se desprenden de la utilización de este formato. Nicolás no tendrá entre sus objetivos la publicación del *Diario*, de ahí el carácter escueto que éste representa, y que se contrapone a otros textos de la época, como el relato de Antonio Ponz, donde se apreciará un mayor desarrollo explicativo, precisamente por esa intencionalidad de dar a luz el viaje. En definitiva, concluye Astorgano, valorando las anotaciones de Nicolás, que «como escritor decepciona al lector actual por escueto y soso, aunque no deja de tener singular interés mucho de lo que cuenta en su *Diario*, al que le falta la vestimenta retórica que, sin duda, le habría añadido si hubiese pensado en su publicación».

Este amplio estudio —casi 200 páginas— queda reforzado con la inclusión de otros tantos elementos que completan la edición. Así, se incluye un mapa del viaje de Nicolás Rodríguez Laso que representa a Italia a fines del siglo XVIII; un calendario del viaje del inquisidor, en los que se detallan las ciudades, los días de salida y llegada y las instituciones y personalidades visitadas; algunas ilustraciones, como un billete del viaje de Lyon a París o una vista de la plaza y palacio Calderini, palacio Zambeccari e iglesia de Santo Domingo en Bolonia; y una amplia bibliografía

que recoge, entre otras entradas, una completa relación tanto de las fuentes manuscritas como de las fuentes impresas de los hermanos Laso.

Si al comienzo del estudio preliminar señalaba Antonio Astorgano el poco conocimiento sobre la vida y obra de estos dos hermanos, este trabajo supondrá un referente clave tanto para conocer detalladamente las vicisitudes experimentadas por Nicolás y Simón, así como para realizar un nuevo acercamiento a la literatura de viajes a través del *Diario*. Al fin y al cabo, el ilustrado reforzará la idea del periplo como proceso formativo, y este ejemplo no hace sino ampliar y enriquecer este ideal dieciochesco.

Jesús MARTÍNEZ BARO

Pedro ESTALA, *Prefacios y artículos de crítica literaria*, Diputación de Ciudad Real, Ciudad Real 2006 (392 pp.). Edición de María Elena Arenas Cruz.

Pedro Estala constituye una figura familiar para los historiadores de la literatura y de la crítica literaria. Su amistad con Moratín, Forner o Meléndez Valdés así como su relación con autores más jóvenes como Quintana o Sánchez Barbero hace que constituya una figura clave del periodo histórico comprendido entre los reinados de Carlos III y Carlos IV.

Su interés por la literatura y su actividad como historiador, traductor y crítico literario dieron lugar a que su figura adquiriera cierta relevancia en la vida cultural española. Sobresale a este respecto su participación en la conocida *Colección de poetas españoles*, en diecinueve volúmenes, que realizó en colaboración con Ramón Fernández. Estala desempeñó con gusto el trabajo de edición y crítica filológica que la obra requería sirviendo, ya en su día, para consolidar el ideal poético-literario español sobre la base de ofrecer al lector la lectura de los poetas más representativos del canon poético nacional del Siglo de Oro. Por este y otros motivos, tales como colaboración en el *Diario de Madrid* o la redacción del *Mercurio histórico y político*, María Elena Arenas edita en este volumen sus trabajos más relevantes, esto es, aquellos que dan mejor idea de su concepción de la lírica y del teatro, de su clasicismo literario y de la interpretación del mismo en las últimas décadas del siglo XVIII.

Los prólogos editados se centran en estos dos géneros, lírico y dramático. Forman parte de los primeros aquellos en los que se analizan las virtudes poéticas de Francisco de Figueroa, los hermanos Argensola, Fernando de Herrera, Juan de Jáuregui y Góngora. A través de ellos se nos presenta la percepción que Estala tuvo del mérito de los poetas áureos y la necesidad que él como otros eruditos (Moratín, García de Arrieta) sentían de vindicarlos como modelos literarios e históricos. Asimismo en estas páginas se

ofrece al lector la interpretación de lo que, en opinión de Estala y otros contemporáneos, debía constituir la labor del crítico. Aún no alejada de la erudición, la crítica había de servir para difundir el buen gusto literario utilizando como procedimiento la explicación razonada (y en teoría no veemente) de los errores poéticos cometidos y de los aciertos dignos de elogio. Quizá la mayor virtud de Estala se halle en el propósito aleccionador que sus comentarios contienen. Probablemente por ello a Estala no le importa dejar asomar su indignación ante los criticastros carentes de fundamentación poética situándose, como es lógico, al lado de los que ilustran apoyándose en los principios poéticos que la razón universal legitima. Así actúa en la «Respuesta semicrítica a la carta hipocrítica que se insertó en el *Memorial Literario* contra Francisco de Figueroa» o en el «Prólogo [...] a las *Rimas* de Lupercio Leonardo de Argensola», donde explica cuál ha sido su proceder como editor. A este respecto, Estala señala su deseo de exponer las particulares cualidades poéticas de los dos hermanos y lo realiza a través del estudio de su lenguaje, de la métrica y de los artificios empleados. Se propone de este modo mostrar las causas por las que estos y los otros poetas reseñados han de suscitar la admiración de los hombres cultos. Estala reivindica así nuestro pasado literario pues, en el momento de la redacción de estos comentarios, faltaba, a su entender, un estudio mínimamente sistemático capaz de mostrar sus bellezas y dejar constancia de su contribución a la

poesía lírica española.

En relación con el teatro, los Discursos sobre la tragedia y la comedia antiguas y modernas, antepuestos respectivamente a las traducciones del *Edipo* de Sófocles y el *Pluto* de Aristófanes, constituyen los trabajos críticos más conocidos y citados del autor. Lo interesante en ambos casos es que Estala señala diferencias histórico-políticas entre los géneros dramáticos antiguos y los de la modernidad y que esas diferencias no sólo son culturales sino que se hayan condicionadas por la evolución de las sociedades y del concepto moderno de *civilización*.

En cuanto a las «Cartas y juicios críticos del *Diario de Madrid*» que completan el volumen tratan igualmente de la lírica y el teatro con algunos comentarios sobre la traducción, el uso de la rima y la sátira. Todos ellos obedecen de las circunstan-

cias en las que se escribieron y el contexto de réplica y contrarréplica que los sustentan. De ahí la agilidad del estilo y la falta de sistematización teórica lo cual no por ello deja de mostrar cómo un escritor, imbuido de clasicismo, adoctrina a los lectores de un periódico o de una colección de autores clásicos.

En conjunto, la edición anotada que nos ofrece María Elena Arenas contribuye a facilitar el acceso a estos textos de Estala y el conocimiento de sus fuentes, no siempre declaradas. Además de esto y de poder disponer de forma conjunta de estos textos, el volumen ayuda al lector de hoy en día a comprender cómo se vivía la literatura y el lugar que en la vida pública y privada tenía la misma.

M^a José RODRÍGUEZ SÁNCHEZ DE LEÓN